

Consideraciones finales

Posteriormente a la caída del *II Reich*, los alemanes étnicos bajo el dominio de las autoridades francesas en Alsacia-Lorena y en la Renania o de las tropas polacas en la Prusia occidental y en Silesia contribuyeron a la intensificación emotiva del pensamiento *völkisch*, proporcionando ejemplos de persecución y sufrimiento, y alimentando la creencia de que todos los alemanes estarían mejor dentro de una “comunidad nacional” étnicamente uniforme. Creían en una revolución conservadora que reconciliaría a las clases y restauraría la autoridad. Ofrecían la visión de un socialismo nacionalista, bajo un dirigente autoritario, que conduciría a Alemania a una nueva era en la que todas sus contradicciones quedarían superadas para siempre. Este futuro estado final sería el *III Reich*.

La sociedad alemana presentaba grandes fracturas, se trataba en parte de determinantes estructurales de un país enorme con gran rapidez de crecimiento entre mundos diversos y dividido por grandes diferencias políticas:

[...] Pero podrían decirse cosas parecidas de muchos otros países que también estaban divididos por las creencias religiosas... El Berlín “rojo” tenía sus equivalentes en el Madrid “rojo” y la Viena “roja”. Los problemas económicos y las tensiones políticas estaban desgarrando la República de Weimar y los partidos políticos eran incapaces de trascender sus entornos respectivos. Las personas cuya experiencia de posguerra era de caos y de desastres, era lógico que desearan seguridad y predecibilidad de los acontecimientos. Prácticamente todos los partidos, incluida la derecha socialdemócrata, participaban de la retórica de una “comunidad nacional”, con alguna forma de colectivismo autoritario como la solución ideal para Alemania.¹

¹ Michael Burleigh, *El Tercer Reich. Una Nueva Historia*. Punto de lectura: México, 2000. p. 170

La elección del mariscal Paul von Hindenburg en 1925 presagiaba ciertas posibilidades políticas. Pero sólo un partido político dio con una fórmula que sumaba el nacionalismo con una forma de socialismo “moral económico”, basado en la “justicia” y con la promesa de poner los intereses “comunes” por encima de los “individuales”. Emulando conscientemente la retórica de guerra, este partido habló de deber y sacrificio más que de derechos individuales o de grupo, tampoco habló de lucha de clases ni de la redistribución de la riqueza, como lo hacía la gran mayoría de los partidos políticos existentes. En vez de eso habló de raza. El jefe de ese partido, que hablaba en términos apocalípticos y mesiánicos, negaba rotundamente que se tratase de un partido. Pretendía ser un movimiento incontenible, sería el restaurador de la autoridad y el orden, sus dirigentes utilizaban una retórica radical, romántica e irracional. Su jefe reconocía: “No se puede apartar al pueblo de los ídolos falsos del marxismo sin darle un Dios mejor”.² Ese dirigente era Adolf Hitler, la fe, el Nacional Socialismo.

Al inicio de esta tesis se advierte que el Nacional Socialismo tiene sus antecedentes filosóficos en corrientes ideológicas que provienen de tiempos más lejanos en la historia alemana, las cuales se representan en el romanticismo y en el irracionalismo. Es por ello que el Nacional Socialismo no puede ser considerado como un simple movimiento de resistencia alemán. Esta última afirmación es, como ya se sabe, la hipótesis central de esta tesis. Después de redactar los tres capítulos constitutivos de esta obra la hipótesis es justificada por el desarrollo de la propia historia, una historia que no puede ser considerada, en ninguno de sus episodios y hechos que la construyen, como

² *Ibíd.* p. 173

una mera suma de sucesos individuales e independientes unos de otros. El Nacional Socialismo alemán es uno de estos grandes episodios que la historia política del hombre tiene que marcar como uno de sus hechos constitutivos de peso sustancial, y de un peso que se antecede de antecedentes provenientes de doctrinas filosóficas como lo son el romanticismo y el irracionalismo, que han formado escuela en la propia ciencia política. Es por ello que el Nacional Socialismo no puede ser considerado como un estado político “atroz” que indicó un retroceso en la evolución del ser humano. El Nacionalsocialismo se adecua por medio de orígenes filosóficos que la propia *Weltanschauung* ya presentaba desde hace siglos atrás al nacimiento y al desarrollo del *III Reich*. El mundo occidental de posguerra se ha encargado de evidenciar al Nacional Socialismo y al fascismo, como parte de una construcción dictatorial y autoritaria con el único fin de servirse a ella misma para abastecerse de poder ilimitado y saciar su espíritu único de dominio sobre el mundo de la inexistente fraternidad y armonía liberal.

La ecuación no es tan simple, el Nacional Socialismo es mucho más grande y más fuerte en su acción filosófica que muchos de las directrices con las que el “nuevo” mundo de posguerra de maneja. Los orígenes del Nacional Socialismo están presentes en el pasado de la historia germánica y en el carácter nacional que de manera gloriosa han encontrado y han establecido en imperios y reinados.

La hipótesis en que se basa esta tesis, se justifica y se demuestra, dentro de la gran crisis que vivió la ideología alemana dentro de un periodo exacto que existió en la historia de esta nación y que descarga toda su fuerza en su máxima expresión: el Nacional Socialismo. Para el *Volk* esta ideología

política se presentaba como capacidad de grandeza teutona, como la acción por combatir y erradicar a los valores universales de la Ilustración, que trajo consigo la invasora Revolución Francesa. De igual modo se encontró a la industrialización, con su respectiva estructura social, que rompía con los esquemas ancestrales de la *Kultur* germana y que se había modernizado y desarrollado con sus propias fuerzas, no con los tecnicismos y modelos cientificistas extranjeros que rompían con la visión económica germánica “la economía es quien nos da de comer”. Estos elementos, aunados a otros más, se presentaron en un periodo de tiempo que ya traía una fuerte importante carga emotiva en el *Volk* alemán; se presentaron dentro de una sociedad con objetivos de grandeza imperial y de triunfos enteros obstruidos por fuerzas externas. Se presentaban, además, dentro de una nación que empezaba a encontrar su unidad nacional y, por ende, se presentaba, todavía, como un Estado nacional tardío, dentro de las ya construidos recientemente Estados-nación europeos. Así, se presentó propicio la glorificación a trayectorias filosóficas que medio siglo atrás venían componiéndose para asentarse en el nuevo intento teutónico para dominar el mundo mediante una visión de él fascista y totalitaria, romántica e irracional, racista y nacionalista.

El Nacional Socialismo es contrarrevolución romántica alemana, que protegió al pueblo alemán de los ajenos valores occidentales que desde el asentamiento de la Revolución francesa en territorio germano se consolidó y acentuó por lo largo de un siglo y medio de historia, y que culminó con la enorme manifestación del poderío de la expectativa única de dominio, como raza y como cultura, del pueblo teutón: el Nacional Socialismo.

Es así como se advirtió al principio de esta tesis sobre la problemática que el mundo occidental ha hecho en lograr concebir una correcta visión de lo que el Nacional Socialismo fue y sigue siendo hasta el día de hoy en materia de ciencia política: neonazi, con ideología fascista y totalitaria. Es ahora cuando la hipótesis queda justificada y comprobada: El Nacional Socialismo es una visión del mundo propia y única de una tradición milenaria que el pueblo germano había venido creando siglo y medio antes de su aparición. El romanticismo y el irracionalismo, fueron las corrientes filosóficas, que anteceden a el Nacional Socialismo.

Es necesario cerrar este trabajo citando a Michael Burleigh, quien expresa lo siguiente: “La gente humilde se había quedado en la ruina, pero se acercaba ya la hora de la liberación y la venganza. Los que ahora reían pronto estarían llorando. La fe, el espíritu de sacrificio y (siempre) la voluntad de ‘hierro’ obtendrían la victoria”.³

El futuro era algo tan sin contornos como el cielo. Habría armonía en vez de división, en gran parte porque se conseguiría que las dos ideologías más vigorosas del periodo (nacionalismo y socialismo) se uniesen en vez de combatirse. Tendrá que haber una “paz de la fortaleza” renovada, en la que los extremos de la política ideológica se sintetizasen en vez de eliminarse, por el bien de un conjunto nacional dinámico. En cuanto al *Führer*, Burleigh indica que fue una maestra de Hamburgo quien escribió lo siguiente respecto a un mitin donde Hitler expondría un magistral discurso en 1932: “¡Cuántos mirad hacia él con una fe conmovedora! Como su auxiliador, su salvador, el que les redime de la desgracia abrumadora. Hacia él, que salva a el príncipe prusiano,

³ *Ibíd.* p. 224

al intelectual, al eclesiástico, al campesino, al obrero, al parado, que les saca de los partidos, les rescata de ellos para devolverles a la nación”.⁴

En 1934 un sociólogo estadounidense, obtuvo permiso para organizar un concurso literario en el que miembros del Partido Nacional Socialista explicaba sus antecedentes y su trayectoria política. Entre las setecientas respuestas figuraba la de un obrero que escribía:

*“La fe fue la única cosa que siempre nos guió, fe en Alemania, fe en la pureza de nuestra nación y fe en nuestro caudillo. Nuestro combate era sagrado y sagrado también nuestro triunfo [...] El mundo reconocerá algún día que el Reich que establecimos con sangre y sacrificio está destinado a traer paz y bendiciones al mundo”.*⁵

⁴ *Ibíd.*

⁵ *Ibíd.* p. 226